

DESARROLLO FRENTE A ECOLOGÍA¹

(Ecología Política, 9, 1995)

Bob Sutcliffe

Fue durante el período aproximadamente comprendido entre el primer Plan Quinquenal de la India y el primer shock del petróleo cuando se consolidó la idea de que el mundo en su conjunto, incluyendo los países más pobres, debía desarrollarse. La inmensa mayoría de los especialistas sobre el tema que ocupaban puestos en gobiernos, organizaciones internacionales, universidades y medios de comunicación estaban de acuerdo en que el trayecto hacia el desarrollo de los países económicamente atrasados implicaba seguir la ruta marcada por los más avanzados hasta alcanzarlos. Se asumía también que la mayor parte de la población de los países más pobres tenía (o adquiriría) necesidades y deseos que eran consistentes con este objetivo.

DEBATES SOBRE EL VEHICULO

Los especialistas discrepaban, frecuente y vigorosamente, sobre cuál era el mejor medio de transporte o vehículo para el viaje: planificación o mercado, proteccionismo o apertura a la economía mundial en comercio e inversión, uso de tecnología intensiva en trabajo o en capital, prioridad a la agricultura o a la industria, crecimiento equilibrado o desequilibrado. El tema central en estos debates referidos principalmente al vehículo era sobre el papel relativo del Estado como agente de desarrollo. Lo que se interpretó como éxito de la planificación soviética y de la orientación keynesiana fortaleció a los que consideraban importante al Estado, aunque los defensores del libre mercado como medio de desarrollo nunca estuvieron ausentes. Una atrevida simplificación, propia de economistas, sobre estos debates consiste en decir que se reducían a la discusión sobre la corrección o no de dos precios muy importantes, el tipo de cambio y el de la fuerza de trabajo². Un argumento común era que el salario y el tipo de cambio sobrevaloraban la fuerza de trabajo e infravaloraban el intercambio exterior respectivamente; y se consideraba que ello justificaba la intervención estatal, la adopción de técnicas intensivas en trabajo y el proteccionismo. Pocos de los que participaban en este debate dudaban de que el trayecto haría pasar a los países aún no desarrollados por las mismas marcas que habían alcanzado los anteriores viajeros: mayor ahorro e inversión, mayor productividad material, industrialización y declive del empleo agrícola, urbanización, uso de tecnología moderna y finalmente elevado consumo de masas. Algunos pensaban que las etapas del trayecto estaban claramente determinadas³; para otros, el progreso sobre todos estos aspectos se daría de forma más entrelazada. Para algunos el trayecto sería gradual; para otros el progreso dependería de un gran impulso, de un esfuerzo crítico mínimo y de un programa de inversión para el crecimiento equilibrado (o desequilibrado). Las metáforas relacionadas con la aceleración fueron abundantes. El trayecto hacia el desarrollo como un juego de suma positiva sin límites y, en una frase sugerida por Albert Hirschman como piedra de toque, podría conllevar “beneficio mutuo”⁴ para todos los países, fuesen desarrollados o en vías de desarrollo. A veces implícitamente, a veces explícitamente, los aceptantes del concepto beneficio mutuo asumían que el desarrollo podía tener lugar -y tendría lugar- en

economías básicamente capitalistas, aunque algunos de ellos abogaban por un alto nivel de actividad e intervención estatales. No todos excluían la posibilidad de que el trayecto podría tener lugar bajo el socialismo, pero en dicho caso no lo veían como condición necesaria. Frecuentemente se recomendaban políticas de desarrollo con independencia de cuál fuese el sistema social y político.⁵ Una perspectiva de seguir los pasos de los más avanzados (o de modernización) dominaba la extensa «industria» sobre el desarrollo que creció durante los años posteriores a 1950 y la cual incluía agencias nacionales de ayuda en los países desarrollados, ministerios de planificación y desarrollo en los países subdesarrollados y un impresionante conjunto de instituciones internacionales nominalmente dedicadas al fomento del desarrollo. Pero, a medida que pasaba el tiempo, tal multitud de escritores, administradores, políticos e instituciones dieron lugar a una oposición.

...Y EL CAMINO

Frecuentemente es difícil saber donde acaba un debate y donde empieza otro. Sin embargo, durante los años sesenta, y coincidiendo con un impulso del pensamiento social crítico en Occidente, un' nuevo nivel, más profundo, de diferencia empezó a aparecer en los debates sobre el desarrollo. Las diferencias sobre los tipos de cambio, el proteccionismo, el precio de la fuerza de trabajo, la necesidad de inversión pública y otras inicialmente habían sido, todas ellas, diferencias sobre las políticas a llevar a cabo en un asumido sistema socio-económico. Pero, cada vez más, se convirtieron en una diferencia más profunda respecto a la relación entre el desarrollo y el propio sistema socio-económico.⁶

La diferencia clave en este debate más fundamental fue respecto a la cuestión del beneficio mutuo. Para algunos el desarrollo de los países más pobres no entraba en contradicción en ningún sentido con los intereses de los desarrollados: la marea creciente haría subir todos los botes. Otros, sin embargo, negaban la posibilidad de este beneficio mutuo. Creían que el mapa de la carretera hacia el desarrollo estaba anticuado o falsificado. Pensaban que los países desarrollados habían destruido a su paso la carretera (capitalista) por la cual ellos viajaron hacia su desarrollo de forma que ya no era transitable. Algunos de ellos dijeron que ciertas reformas importantes en la economía mundial (un Nuevo Orden Económico Internacional) podían aún posibilitar el viaje a través de la carretera. Pero muchos, incluyendo al autor de este artículo, estuvieron de acuerdo con Andre Gunder Frank en que los países subdesarrollados se habían convertido en subdesarrollados⁷ a causa del éxito de los países desarrollados; así, dado que no partían del mismo punto difícilmente podían atravesar la misma carretera. El continuado subdesarrollo del “sur” era complementario del desarrollo de los países del “norte”. Para los escépticos respecto al beneficio mutuo las relaciones económicas entre países desarrollados y subdesarrollados se veían como necesariamente desiguales.⁸ Así, ellos tendieron a ver que el desarrollo de los países subdesarrollados requería algún grado de desconexión⁹ respecto al sistema (económico) mundial¹⁰ liderado por los países desarrollados y respecto al sistema social (capitalista) dominante.

Este conjunto de ideas que coinciden en rechazar, en algún sentido, la idea de beneficio mutuo ha recibido diversos nombres, entre otros muchos: teoría del sistema mundial, teoría de la dependencia, neomarxismo, estructuralismo. Para algunos propósitos sería útil dar unas definiciones muy precisas de estos términos y teorías y trazar finas distinciones entre ellos; pero para mi objetivo, como para otros (Frank, 1992), pueden ser agrupados y verse como una extensa iglesia con diferentes ideas de

detalle pero un hilo común de rechazo de las ideas de beneficio mutuo y del desarrollo como una posibilidad a través de la vía capitalista y la integración en la economía mundial.

Los que mantenían estas ideas aún pensaban, sin embargo, que los países subdesarrollados podían alcanzar el desarrollo aunque mediante un camino distinto. Si la carretera capitalista estaba bloqueada o era inaccesible ellos tenían que construir una nueva autopista socialista hacia el desarrollo, pero todos podían finalmente alcanzarlo. Así a las diferencias sobre el vehículo (la combinación de políticas) se añadieron diferencias más profundas sobre el camino (el sistema social).

Aquí se planteaban, además, diferencias adicionales: sobre el tipo de sistema socialista necesario para producir el desarrollo, sobre qué cambios políticos eran necesarios para alcanzarlo, sobre si un país podía alcanzar el desarrollo socialista de forma aislada y, en caso negativo, sobre cuántos países tendrían que adoptar sistemas socialistas para que existiese una alternativa realmente viable, y sobre si el desarrollo de los países más pobres era imaginable sin que existiese también socialismo en los países desarrollados. Existían, por tanto, varios caminos alternativos previstos.

El debate sobre el sistema social, a diferencia de anteriores disputas sobre las políticas de desarrollo, se extendió mucho más allá de los especialistas en desarrollo y se reflejó a muchos niveles en la política internacional. Si identificamos a los dos lados del debate como los que aceptan y los que rechazan la tesis del beneficio mutuo, entonces no es tan extremadamente simplificado decir que casi todos los que pensaban sobre el tema en los países desarrollados (con la excepción de un pequeño grupo de personas muy izquierdistas) pertenecían a los primeros. y casi todos los que pensaban sobre la cuestión en los países subdesarrollados (excepto las personas claramente de derechas) pertenecían a los segundos.

Las diferentes teorías eran puntos de referencia en los conflictos sociales e internacionales. Gobiernos que manifestaban aceptar la idea del beneficio mutuo minaban los puertos de, o se negaban a comprar los productos de, o financiaban movimientos de oposición a, o conspiraban para asesinar a los líderes de los países dirigidos por gobiernos que rechazaban dicha idea.

Después de 1973, sin embargo, las claras líneas divisorias de este debate se volvieron más borrosas. Un tercer grupo de autores (los seguidores de Warren) eran también de izquierdas pero parecían estar de acuerdo con los que aceptaban el beneficio mutuo (Warren, 1980). Ellos consideraban que lo que los opositores a la idea del beneficio mutuo llamaban la ruta socialista era un callejón nacionalista sin salida. Para los «warrenitas», el socialismo no era una ruta hacia el desarrollo sino algo que sólo podía conseguirse al acercarse al punto de destino. Como la mayoría de los que aceptaban el beneficio mutuo creían que la carretera capitalista continuaba abierta. Su salida a escena produjo un debate algo diferente que prácticamente desapareció" desde el momento en que algunos «warrenitas» aceptaron la importancia de los obstáculos de la vieja carretera capitalista y algunos de los opuestos a la idea del beneficio mutuo empezaron a argumentar que algunos países podían recorrer parte de la carretera para producir un «desarrollo dependiente» (Cardoso y Faletto, 1971; Evans, 1979), o que algunos países tenían posiciones intermedias entre los desarrollados y los subdesarrollados (los que pertenecían a la semi periferia) (Wallerstein, 1979). Muchos llegaron a la conclusión de que las posiciones de los dos lados del debate inicialmente opuestos tendían a converger (Sklair, 1988; Leys, 1986; Slater, 1987). .

Pero después de todo había habido ciertamente un gran debate. Este debate polarizó las discusiones sobre el desarrollo de toda una generación. Los líderes políticos y los

intelectuales situaron sus acciones y pensamientos dentro del espacio definido por el debate. E incluso hoy parece que sin duda el debate era sobre cuestiones realmente importantes e incluso vitales. Pero ya volveré a ello.

ACUERDOS TÁCITOS

Hoy los ecos de aquel gran debate son casi imperceptibles. ¿Qué fue de él? ¿Por qué disminuyó? Parte de la respuesta está en que en el mundo emergieron rápidamente hechos y problemas que parecían importantes pero que no podían fácilmente explicarse o responderse por parte de ninguno de los dos lados del gran debate. El crecimiento de los Nuevos Países Industrializados (NICs) aparentemente violaba las expectativas de los críticos del beneficio mutuo y ayudaba a que su paradigma entrase en crisis. En cambio, la acumulación de desastres para el desarrollo, especialmente en Africa, junto con los retrocesos asociados con la crisis de la deuda y el deterioro de la relación de intercambio parecía desmentir el optimismo de los que hablaban de beneficio mutuo. Pero, aprovechándonos de una visión con perspectiva, podemos también ver que hubo otra razón por la cual el debate perdió fuerza: a pesar de que en su momento parecía estar motivado por un desacuerdo absoluto, existían muchos más puntos comunes de lo que aparentaba. En el curso de los debates, las cosas sobre las cuales ambos lados están de acuerdo no parecen ser entonces importantes y, -en consecuencia, son ignoradas. A pesar de ello, finalmente podían convertirse en más importantes que las cosas sobre las cuales se está debatiendo. Y, en mi opinión, esto es lo que ocurrió con el gran debate sobre el desarrollo.

¿Sobre qué estaban de acuerdo ambos lados? En primer lugar, existía una idea de cómo sería el desarrollo. Se pensaba que aproximadamente sería similar a la situación que existía en los países desarrollados que es la razón por la que precisamente se les llamaba así. Desarrollo estaba situado en el mapa conceptual en algún lugar entre Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Estos países podían no ser perfectos pero nadie se cuestionaba la mayor parte de sus características (especialmente de las económicas): industrialización, uso de moderna tecnología de elevada productividad, elevados niveles de empleo de trabajadores productivos, trabajo con máquinas durante unas 8 horas diarias, elevado nivel de vida, eficiencia, puntualidad, longevidad, eliminación de la mayoría de muertes derivadas de enfermedades infecciosas,... la lista puede ser muy larga y es bien conocida.

La segunda idea compartida era que existía una estrecha o incluso automática conexión entre estos aspectos económicos del desarrollo (en especial creciente producción y productividad) y la satisfacción de las necesidades básicas y el bienestar humano. Algunos mantenían que el desarrollo igualaría automáticamente los beneficios después de un tiempo, otros creían que el Estado podría tener que intervenir, e incluso algunos pensaban que lo mejor que los pobres podían esperar es que algo gotease desde los ricos. Pero todos creían que la riqueza material de las naciones (el desarrollo) resultaría – o podía resultar – en un mayor bienestar humano.¹¹ En otras palabras creían que el desarrollo era deseable.

La tercera cosa sobre la cual todos parecían estar de acuerdo era que la idea de desarrollo se aplicaba primero y principalmente a países o naciones. Es por ello por lo que las características del desarrollo ya enumeradas se refieren básicamente a la estructura de las economías nacionales. Ello explica también la actitud predominante de tratar al bienestar humano como un subproducto del desarrollo nacional.

La cuarta cláusula de los acuerdos tácitos era que, en caso de existir obstáculos para la universalización del desarrollo, dichos obstáculos serían de tipo social-económico o

político (nacionales o internacionales) pero no obstáculos de tipo natural. Raramente se le ocurría a ninguno de los participantes en el gran debate que el desarrollo universal hacia los niveles europeos, japonés o de Estados Unidos podría no ser materialmente posible. Si bien todos tenían alguna concepción (a veces implícita) sobre la relación entre desarrollo y bienestar casi nadie pensaba sobre la conexión entre desarrollo y medio ambiente.

La quinta cláusula está muy conectada con la cuarta. Se esperaba implícitamente que el desarrollo universal produciría una igualación entre países. Esto se produciría mediante una nivelación hacia arriba. De este modo, igualación no implicaba redistribución en el sentido de que los que estaban mejor bajasen de nivel para que los que estuviesen en la cola pudiesen ganar. El famoso objetivo de una ayuda del 0,7% del PNB era la más osada redistribución que alguien proponía. Y los que rechazaban la idea del beneficio mutuo generalmente veían la redistribución a través de ayuda como un fraude o un regalo envenenado.

El sexto acuerdo tácito era que el desarrollo se veía como un estado permanente.

Existía una especie de trinquete socioeconómico tal que no se esperaba que los países volviesen al subdesarrollo una vez hubiesen alcanzado el desarrollo.

No todos los interesados en el desarrollo

y el subdesarrollo pensaban que el gran debate sobre el beneficio mutuo era el más importante. Algunos autores no compartían las seis suposiciones anteriores e intentaban lanzar diferentes debates. Pero durante mucho tiempo ellos fueron vistos como muy marginales respecto a las cuestiones importantes; el tiempo para sus ideas aún no había llegado.¹²

DUDAS SOBRE EL PUNTO DE DESTINO Y SOBRE LA VALIDEZ DEL MAPA

El gran debate retrocedió porque los acontecimientos y la investigación evidenciaron la naturaleza equívoca de estas opiniones compartidas. No se trataba de que el problema del camino, la cuestión fundamental en el gran debate, se resolviese o desapareciese; sino más bien de que, a medida que se producía el viaje, los problemas del punto de destino, sobre el que habían tácitos acuerdos, que antes parecían triviales empezaron a parecer cada vez más relevantes.

A pesar de los esfuerzos repetidos para moverse a través de la vieja carretera o para localizar la nueva, e incluso de algún aparente progreso, una inesperadamente elevada proporción de la población continuaba 'sufriendo extremas privaciones materiales y culturales. El supuesto de que la búsqueda, o incluso el logro, de un determinado nivel de desarrollo aumentaría el bienestar humano parecía cada vez más poco sólido. Por un lado, los datos empíricos mostraban la persistencia e incluso el crecimiento de la pobreza, el hambre y la enfermedad: tasas positivas de crecimiento del ingreso coincidían con un empeoramiento de la distribución; las estadísticas para África y Asia del Sur se retrasaban obstinadamente respecto a las de la exitosa Asia Oriental, las de las mujeres respecto a las de los hombres, las de las áreas rurales respecto a las de las urbanas; en Asia la revolución verde aumentaba la producción de alimentos pero no reducía el hambre en la misma proporción; en África en los años setenta se volvió a las grandes hambrunas; el éxito en la eliminación de la viruela y en la propagación de la vacunación infantil fue seguido por la escalofriante amenaza del Sida. Por otro lado, hubo una creciente movilización de grupos pidiendo la satisfacción de sus necesidades y derechos básicos que veían que no se producía a pesar del desarrollo o que precisamente estaba amenazada por dicho desarrollo. Tales

grupos incluían mujeres, movimientos indígenas, personas amenazadas con el abandono forzado de su tierra por causas tales como la llegada de la agricultura comercial o la construcción de presas o muchas otras. En la medida en que el desarrollo se veía como progresivo se asumía que la gente en su totalidad lo deseaba. Pero cuando un creciente número de personas dejó claro que ellos no lo deseaban empezó a ser menos evidentemente progresivo.¹³ Entonces, a muchos les pareció que el mapa daba una falsa idea de la naturaleza del terreno en la región del desarrollo. Además, las ideas procedentes de diferentes fuentes convergían para fortalecer el cada vez más importante enfoque crítico respecto al desarrollo realmente existente. A la revisión de los fundamentos por parte de los desilusionados, o como mínimo defraudados, especialistas sobre el desarrollo¹⁴ se añadieron: la crítica a los objetivos de modernización definidos materialmente por parte de los llamados nuevos movimientos sociales; el progreso por parte de los filósofos en definir conceptos tales como derechos y justicia (Rawls, 1972); nuevas perspectivas históricas que enfatizaban la experiencia de las víctimas de experiencias previas de desarrollo¹⁵; algunas críticas de economistas al objetivo del crecimiento económico¹⁶; el análisis por parte de los antropólogos de los aspectos culturalmente destructivos del desarrollo modernizador (Hobart, 1993 y Marglin y Marglin, 1990) y una creciente tendencia a cuestionar los valores de la modernidad y sus supuestos de progreso lineal y a identificar en muchos casos estos valores con el eurocentrismo (Tucker, 1992). Así, se perfilaba un nuevo debate: no tanto sobre cómo conseguir un objetivo conocido de desarrollo sino más bien sobre si el desarrollo tal como era concebido hasta el momento era un punto de destino que valía la pena. Lo que, en analogía a los debates sobre el socialismo, podríamos llamar el desarrollo realmente existente¹⁷ era un punto de llegada que muchos consideraban cada vez menos deseable. Muchos especialistas en desarrollo empezaron a defender la satisfacción de las necesidades humanas básicas como un objetivo primario y no secundario (Streeten, 1979, Streeten y otros, 1981 y Stewart, 1985); otros investigaron sobre una tecnología más apropiada¹⁸; otros se concentraron más en el problema de la pobreza de individuos y grupos que en el subdesarrollo de las naciones¹⁹. La característica común de estos enfoques fue un intento de ver el desarrollo en términos de qué ocurre a las personas más que a entes abstractos como las naciones. Uno de los mejores resúmenes de esta forma de aproximarse al tema puede encontrarse en un reciente comentario de dos de los principales autores que la adoptaron. Las cuestiones importantes a preguntar al juzgar el desarrollo son, según ellos: «¿Tienen (las personas) la capacidad para vivir durante muchos años? ¿Pueden evitar la mortalidad infantil? ¿Escapan del analfabetismo? ¿No padecen hambre ni subalimentación? ¿Tienen libertad personal? Estas son las características básicas del bienestar que se derivan de considerar a las personas como el centro de la actividad del desarrollo. El aumento de sus capacidades para funcionar en estos elementales sentidos es lo que se encuentra en el núcleo del desarrollo humano. La realización de las personas -sea en términos de larga vida o alfabetismo funcional- son valorados como fines en sí mismos. Esto debería contrastarse con los enfoques económicos más predominantes que discuten el desarrollo del recurso humano. El enfoque es en este caso sobre los seres humanos como un recurso, un input de las actividades productivas. El desarrollo de los recursos humanos es visto en términos de su contribución a la generación de ingreso, como una inversión, como cualquier otra, en aumentar el potencial productivo» (Anand y Sen, 1993).

Es en este contexto en el que el medio ambiente hace su primera aparición. Una importante faceta de esta crítica del desarrollo dirigida en muchas direcciones surgió

del súbito crecimiento en la conciencia del efecto de las actividades humanas sobre el medio ambiente y el impacto resultante sobre las condiciones de la existencia humana. El desarrollo produce contaminación de muchos tipos y ello significa que los beneficios del desarrollo pueden ser parcial o totalmente contrarrestados por peores condiciones de vida. Muchos de estos perjuicios (calidad del aire y del agua, por ejemplo) eran directamente obvios; otros (tales como los efectos sobre la salud del amianto, los campos eléctricos, la energía nuclear, el ruido, la dieta) fueron descubiertos mediante la investigación científica. En este sentido, la creciente conciencia ecológica no fue más que una de las líneas de crítica a la deseabilidad del desarrollo como punto de destino previamente incuestionable.

La conciencia ambiental y la investigación sobre el medio ambiente también originó, sin embargo, otra preocupación que frecuentemente parece trascender a las otras, no porque sea intrínsecamente más importante sino porque presagia acontecimientos que harían redundantes el resto de debates. A principios de los años setenta muchas personas empezaron a vislumbrar el inminente agotamiento de los recursos materiales sobre los cuales había estado basado el desarrollo (Meadows y otros, 1972); más tarde llegaron las predicciones del cambio climático y de otros cambios resultantes del desarrollo realmente existente que, en el mejor de los casos, provocarían profundos cambios en las condiciones de la vida humana y, en el peor de los casos, podrían rápidamente hacerla imposible a través de la sobreutilización de recursos o la sobreproducción de residuos.

Aquí la preocupación no es meramente sobre que el desarrollo va acompañ.ado de efectos indeseables para la vida humana sino más bien sobre que el desarrollo, y en particular su generalización, podría hacer imposible la vida humana.

La influencia de las cuestiones ambientales en el debate sobre el desarrollo es nueva. Hasta muy recientemente aparecieron reconocidos textos sobre desarrollo que no contenían ninguna referencia a dichas cuestiones²⁰. Y, una vez introducidas en el debate, se produjeron reacciones muy diversas respecto a su importancia práctica y metodológica. Incluso entre aquellos que consideran importantes las cuestiones medio ambientales hay algunos que las ven como un factor a tener en cuenta manteniendo una metodología básicamente inalterada, aunque algo más complicada (por ejemplo, Mikesell, 1992; y Pearce, Barbier y Markandya, 1990) y otros que creen que exigen un drástico cambio metodológico²¹. Algunos ven al problema ambiental como confirmando la necesidad de rápido crecimiento económico (Banco Mundial, 1992) mientras otros piensan que requiere una suspensión del crecimiento y una radical reorganización de la vida humana social (Daly, 1991; Trainer, 1985 y 1989).

Así, el gran debate sobre el camino hacia el desarrollo, que desplazó los debates sobre el vehículo apropiado, ha sido desplazado en gran medida por otros dos debates diferentes sobre, por un lado, la deseabilidad y, por el otro, la posibilidad del destino previamente postulado. A partir de ahora me referiré a ellos con las denominaciones de la «crítica del bienestar» y la «crítica medioambiental». La «crítica del bienestar» pregunta si no sería mejor un objetivo de desarrollo diferente del habitualmente formulado. La «crítica medioambiental» se cuestiona si el objetivo normalmente formulado realmente existe si es perseguido por todos. En otras palabras, argumenta que el estado actual del mundo, o al menos el Estado hacia el cual se está dirigiendo, es materialmente insostenible.

Podríamos decir, por tanto, que la «crítica del bienestar» es sobre el punto de destino y la «crítica medioambiental» es sobre la validez del mapa. Es en estas áreas en las que ahora encontraremos las más sugerentes y originales contribuciones a la discusión

sobre el desarrollo y sobre el futuro de los países pobres, al menos a nivel intelectual aunque parcialmente también a nivel político.

CARACTERÍSTICAS COMUNES...

Estas dos críticas al desarrollo realmente existente (la «crítica del bienestar» y la «crítica medioambiental») tienen en común algunas importantes características. En primer lugar, ambas ven, por diferentes motivos, el desarrollo realmente existente como un proceso parcialmente contradictorio. Los proponentes de la «crítica del bienestar» cuestionan la asumida relación positiva entre desarrollo y bienestar e incluso sugieren que el desarrollo realmente existente podría producir negativas consecuencias para el bienestar humano y, en consecuencia, ser indeseable.

La «crítica medioambiental» contiene una noción incluso más aguda de la naturaleza contradictoria del desarrollo realmente existente. Ve posible o probable que tal desarrollo minará su propia base material y así será imposible de mantener. En consecuencia, un fenómeno cuya generalización global antes era vista, casi axiomáticamente, como a la vez deseable y posible es visto de forma muy diferente: intentos de producir algo visto como bueno produce algo diferente que es en gran medida malo y que progresivamente destruye la posibilidad de producir nada en absoluto.

La segunda característica común de las críticas del bienestar y medioambiental, sobre todo un sub producto de la primera, es su rechazo de los indicadores de desarrollo más frecuentemente utilizados, especialmente el Producto Nacional Bruto y el Ingreso (o Renta) Nacional. Como medida de bienestar este concepto ha recibido tantas críticas durante su historia que es realmente sorprendente que continúe siendo la más existosa exportación de los economistas al resto del mundo. A pesar de todas las críticas, el Ingreso Nacional y el Producto Nacional continúan siendo las estadísticas económicas más comúnmente utilizadas: ¡una destacable violación del principio de los economistas sobre las virtudes del mercado!

Los representantes de la crítica del bienestar señalan dos inconvenientes de la utilización de los famosos Producto e Ingreso Nacional como indicadores de bienestar económico. Primero, ellos asignan un mismo valor a un dólar gastado en, por un lado, la producción de armas o la publicidad engañosa o a uno gastado en, por otro lado, medicinas o literatura. Ello significa que hay una infravaloración relativa de aquellas actividades que contribuyen al bienestar humano. Segundo, ellos valoran igual un dólar de ingreso de un millonario que un dólar de ingreso de una persona pobre a pesar de que el segundo obviamente «vale» más.

Los que defienden la crítica medioambiental también plantean dos grandes objeciones al cálculo del Ingreso o Producto Nacional. La primera se refiere a su forma de tratar la contaminación y sus efectos perniciosos. Nada se resta de las cifras de Ingreso Nacional para tener en cuenta las «externalidades negativas» de la contaminación. (por lo que, si se asume que éstas son más grandes que las externalidades positivas, el Ingreso Nacional está sobreestimado). Incluso, lo cual aún es más absurdo, si se decide actuar para rectificar los malos efectos de la contaminación (por ejemplo, gasto para depurar un río contaminado mediante residuos in

dustriales), tales gastos aparecen como positivos en las cifras del Ingreso Nacional. En otras palabras, es posible que el coste de la contaminación aparezca como un beneficio en el Ingreso Nacional, no sólo una vez sino en algunos casos dos veces!

La segunda crítica se refiere al paso de las cifras de Ingreso o Producto Nacional de su valor «bruto» a su valor «neto». Para ello se tiene en cuenta la parte del stock de

capital que es usado en el proceso de producción; pero el capital considerado es únicamente el capital creado mediante la inversión humana y, equivocadamente, no incluye los recursos naturales utilizados (ver Daly, 1988). Estas críticas, como las que provienen de la crítica del bienestar, conducen a la conclusión de que las cifras de Producto o Ingreso Nacional tienden a sobrevalorar enormemente lo que es realmente «producido» por las economías humanas y lo que es realmente «ganado» por sus participantes.

Las dos críticas coinciden en un tercer punto. Ambas rechazan la idea, uno de los principales rasgos del pensamiento anterior sobre desarrollo, de que el desarrollo es un proceso en el cual los «subdesarrollados» se aproximan progresivamente a la situación de los «desarrollados».

Esta coincidencia conduce a una cuarta: ambas ven el desarrollo no tanto como un problema de algunos países (los subdesarrollados) que han sido superados por los desarrollados sino más bien como un problema del conjunto de la humanidad. La crítica medioambiental enfatiza la interdependencia global, mientras que la crítica del bienestar presta atención a las deficiencias en satisfacer las necesidades tanto en los países ricos como en los pobres.

Un quinto punto que ambas críticas tienen en común es su preocupación por la distribución y por la equidad, entre ricos y pobres, tanto dentro de las naciones como entre ellas (crítica del bienestar) y entre el presente y el futuro, o entre generaciones (críticamedioambiental). Volveré más tarde a este punto.

Por último, las dos críticas comparten como sexta característica que no son en absoluto nuevas. Cada uno de los argumentos mencionados ha estado presente en debates económicos de hace más de cien años²². La crítica moderna del desarrollo es tanto un resurgimiento como un fenómeno original.

Existe un paralelismo entre los orígenes del gran debate sobre el beneficio mutuo y estos nuevos debates sobre el desarrollo que ayuda a explicar su impacto. Los que rechazaban la idea del beneficio mutuo argumentaron que los debates previos sobre la política de desarrollo eran irrelevantes y tenían lugar en el contexto de un ambiente global socio-económico desigual que imposibilitaba el desarrollo. Aquellos que abogaban por importantes cambios sociales como un paso previo necesario para el desarrollo parecían, por tanto, estar planteando algo aún más básico que la discusión principal. Los debates de política económica parecían triviales en comparación con la elección entre capitalismo o socialismo. Ahora, de forma similar, las dos críticas al desarrollo, la del bienestar y la medioambiental, parecen definir un problema que es en algún sentido lógicamente anterior a la cuestión del sistema socioeconómico. Si los humanos no se benefician de él, y si es materialmente imposible, difícilmente nos preocuparemos por bajo qué sistema social tendrá lugar el desarrollo generalizado. Aunque tal línea de pensamiento ayuda a explicar el interés actual sobre estas cuestiones, ellas no pueden solucionarse, como explicaré más tarde, aisladamente de la cuestión del sistema socioeconómico y político.

... DE DIFERENTES CRITICAS

Aunque las dos críticas se superponen y comparten muchos argumentos en contra del desarrollo realmente existente, es importante insistir en que son diferentes tanto conceptualmente como en términos de los problemas que identifican y los remedios a los que apuntan. Teóricamente, es posible imaginar un proceso que reduce o incluso elimina el daño ambiental de la actividad humana pero que aumenta el bienestar de los desposeídos. Hay una corriente de opinión en el pensamiento ecológico según la

cual una preocupación excesiva por el bienestar humano es «blanda» cuando la racionalidad eco lógica requiere decisiones duras no sentimentales²³.

Igualmente, es teóricamente posible imaginar una más amplia satisfacción de las necesidades humanas actuales en una forma que no sea en absoluto sostenible y que podría incluso aumentar el daño ambiental actual. Las dos críticas no han descubierto una sino dos cosas que funcionan mal con el desarrollo realmente existente.

Esta diferencia se relaciona mucho, si bien no es idéntica, con una diferencia sugerida por Jacobs and Ekins (1995). Ellos usan tres conceptos para clarificar las relaciones implicadas: el flujo de recursos físicos utilizados (throughput), el PIB (el valor de la producción) y el bienestar. La crítica ecológica del desarrollo concierne a la relación entre los dos primeros; la crítica del bienestar a la relación entre PIB y bienestar.

Dado que las dos diferentes críticas apuntan a la necesidad de importantes cambios en la actividad humana, parece adecuado examinar las vías mediante las cuales los cambios que ellas plantean pueden ser integrados, y ver las condiciones bajo las cuales ellas son consistentes o inconsistentes entre sí.

Simplificando de nuevo mucho las cosas, me referiré a los tipos de cambios defendidos por los más preocupados por la crítica del bienestar mediante la expresión «desarrollo humano» y a los defendidos por los que han enfatizado la crítica medioambiental mediante la expresión «desarrollo sostenible». Estos términos tienen sus peligros en la medida en que recientemente han sido usados por personas de tal amplio rango de diferentes y conflictivos convencimientos e intereses que no es posible que todos ellos entiendan lo mismo con estas expresiones.

Estas expresiones también tienen la desventaja de que han sido atrapadas por – y asociadas estrechamente a – diferentes prestigiosos informes internacionales que las usan con una definición muy concreta que no es necesariamente la ideal²⁴. Los dos conceptos de desarrollo humano y sostenible han surgido en su mayor parte de forma separada y a partir de diferentes preocupaciones, movimientos, escritores y organizaciones. Por tanto, no existe ninguna razón para pensar que necesariamente coincidirán, ni incluso para pensar que serán consistentes entre sí. Informes, libros y artículos que se refieren a uno de los dos conceptos frecuentemente dejan de lado el otro. Cuando las dos ideas se presentan de forma conjunta, ello suele reflejar más las buenas intenciones del autor que no la coherencia analítica. Sin embargo, algunas veces sí que significa que se está defendiendo una respuesta positiva a los problemas sugeridos por ambas críticas, como en el caso de la «sustentabilidad fuerte» de Ekins y Jacobs (1995).

En este artículo no pretendo entrar en detalle en el problema de definir desarrollo humano y desarrollo sostenible pero creo que, a pesar de los problemas mencionados, los términos son útiles para expresar telegráficamente dos distintos conjuntos de ideas que necesitan ser unificadas. En general, «desarrollo humano» puede adoptarse para significar un proceso de cambio social y económico cuyo principal objetivo es producir una radical mejora en el nivel de vida (o quizás en las capacidades²⁵) de las personas que ahora están sufriendo privaciones, y que juzga la utilidad de otros aspectos del desarrollo (como la producción o la tecnología) por el criterio de su contribución a esta mejora. Es la idea inversa de la idea tradicional según la cual el bienestar es un subproducto o resultado necesario del desarrollo económico; el desarrollo económico que se necesita debería ser juzgado por su contribución al bienestar²⁶.

De forma similar, «desarrollo sostenible» puede definirse como los cambios en las actividades humanas materiales que disminuyen radicalmente el agotamiento de los recursos no renovables y de los que no son fácilmente renovables y la contaminación

perjudicial para el medio ambiente, con lo cual se prolonga radicalmente el tiempo durante el cual las necesidades humanas materiales pueden satisfacerse. Si no hay una razón lógica por la cual estas dos cosas deberían coincidir y si ambas parecen evidentemente deseables, intentar combinarlas y ver las condiciones que ayudarían o impedirían su realización conjunta parece un paso lógico.

UNA FUSION: DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE

La combinación de estos dos conceptos críticos del desarrollo y algunas de sus consecuencias podrían representarse más fácilmente mediante un simple modelo visual (figura 1). Imaginemos un espacio que contiene todas las actividades humanas posibles aleatoriamente distribuidas en un estado caótico. Como un primer paso para organizarlas, imaginemos que las actividades se dividen entre aquellas que contribuyen al bienestar humano y aquellas que no contribuyen a él. Si fuésemos más lejos y las ordenáramos según la cantidad de bienestar que añaden o disminuyen, entonces podemos generar un eje vertical que en principio mide el bienestar y que puede ser llamado el eje de bienestar o de desarrollo humano. Como un paso adicional, podemos volver al caos inicial y llevar a cabo un ejercicio paralelo usando no el criterio de bienestar sino el de los efectos positivos o negativos sobre el medio ambiente. Ello nos da el eje horizontal medioambiental o de la sustentabilidad.

La figura 1 combina los dos ejes para categorizar las posibles actividades humanas en cuatro tipos. En el cuadrante del Sudoeste (SO) se sitúan aquellas actividades que tienen impactos negativos tanto sobre el bienestar como sobre el medio ambiente; en el Noroeste (NO) están las actividades que contribuyen al bienestar pero que perjudican al medio ambiente; en el Sudeste (SE) hay aquellas que mejoran el medio ambiente pero a costa de disminuir el bienestar humano; y finalmente el cuadrante Nordeste (NE) contiene a aquellas actividades doblemente bienvenidas, que tienen efectos positivos según ambos criterios.

Si se asume que los ejes son medibles, cada actividad humana puede en principio localizarse en este mapa. El conjunto de actividades en las cuales los seres humanos se encuentran colectivamente implicados en la actualidad sería un área sobre el mapa (o un punto representando su impacto promedio sobre el bienestar y sobre el medio ambiente) como también sería otra área el conjunto de otras potenciales actividades que estuviesen más en sintonía con las necesidades de desarrollo humano sostenible. Cualquier cambio de actividades puede ser descrito como una dirección de movimiento sobre el mapa.

Para que el conjunto de actividades humanas se corresponda más estrechamente que ahora al desarrollo humano sostenible la dirección deseable del movimiento es hacia el Nordeste. Los movimientos efectivos podrían ser el resultado neto de numerosos cambios cada uno de los cuales podría ir en una dirección diferente en el mapa. Si un mayor bienestar para un grupo desfavorecido inevitablemente implica también mayor contaminación o uso de recursos no renovables (un movimiento hacia el NO) entonces para que sea consistente con el desarrollo humano sostenible debe darse otro movimiento compensador cuyo efecto neto sea producir un cambio en la dirección Este. (o sea, medidas que directamente mejoren el medio ambiente) o incluso en la dirección SE (reduciendo los daños medioambientales a través de una reducción en el bienestar de otro grupo social menos desfavorecido). Muchos debates sobre el cambio ambiental global tienen la aterradora tendencia a concluir que dicho cambio representa un movimiento hacia el Sudoeste.

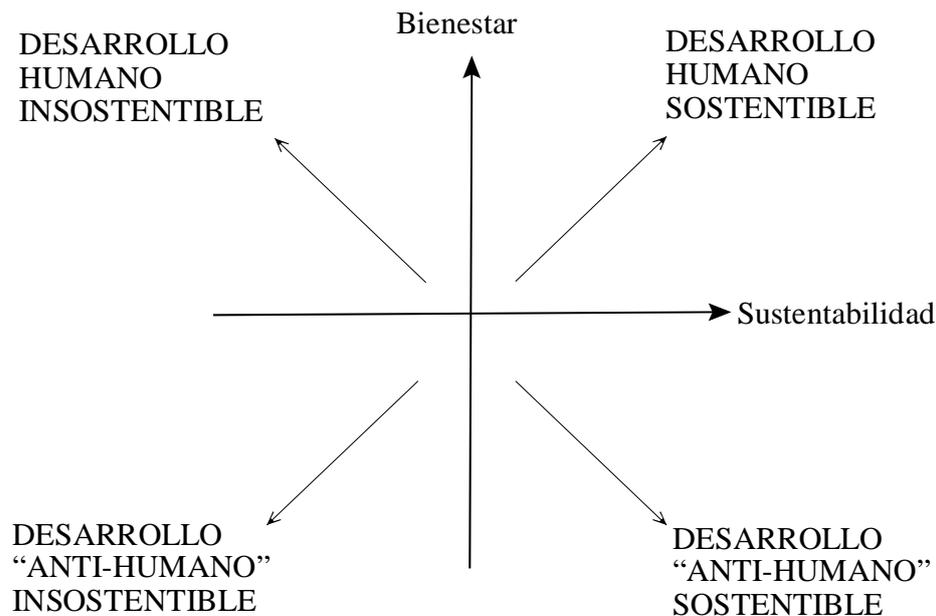


Figura 1: Desarrollo humano sostenible.

Este modelo sólo podría ser algo más que un mecanismo heurístico para comunicar conceptos y relaciones y para estimular el debate si fuese posible cuantificar los ejes de una forma operativa. Si bien yo no comparto totalmente el pesimismo de algunos autores sobre la posibilidad de crear índices complejos que tengan significado (Jacobs,1991), reconozco que en el momento presente probablemente sea mejor intentar juzgar la realidad a través de muchos indicadores más que agruparlos todos en uno solo. Sin embargo, ejercicios sobre la elaboración de índices han producido resultados interesantes los cuales podrían tener, como mínimo, algún valor para la polémica, como es el caso de un reciente índice de bienestar sostenible para Estados Unidos en el cual cada supuesto está claramente explicado de forma que, aunque el índice final es difícil de interpretar, al menos es claro cómo se ha llegado a él (Daly, 1989 Y Daly y Cobb, 1990).

El modelo o mapa también sugiere una forma de agrupar en cuatro categorías el destino apropiado de las actividades existentes en una futura orientación de desarrollo humano sostenible:

- actividades que generan bienestar de forma ambientalmente benigna (cuadrante NE) deberían ser mantenidas, como también deberían serlo aquellas que producen bienestar necesario por medios ambientalmente dañinos (cuadrante NO) pero para las cuales aún no existe otro método de producción;
- actividades necesarias para producir un nivel adecuado de bienestar para las personas pobres (algunas de las cuales podrían inevitablemente estar en el cuadrante NO), nuevas actividades ambientalmente benignas y creadoras de bienestar del cuadrante NE y quizás algunas medidas de reparación del cuadrante SE deberían ser iniciadas; tales actividades podrían incluir incluso algunas que habían sido abandonadas en el pasado pero para las cuales puede ahora verse que tienen efectos positivos según ambos criterios (por ejemplo, formas de transporte público y de dieta alimenticia descartadas a favor de los coches y de la carne de vaca);
- actividades que no producen bienestar y que dañan al medio ambiente (cuadrante SE) deberían ser suprimidas, como deberían serlo aquellas del cuadrante NO cuya

contribución al bienestar es pequeña o que pueden ser llevadas a cabo de forma menos perjudicial. Frecuentemente se dice que la tarea de identificar actividades que reducen el bienestar es demasiado subjetiva para ser posible; sin embargo, casi con seguridad muchas actividades serían condenadas de acuerdo con este criterio con 'práctica unanimitad;

- finalmente, muchas actividades deberían transformarse (casi enteramente las del cuadrante NO) para que su contribución positiva al bienestar se mantenga pero con menos daño ambiental; el papel de nuevas o abandonadas tecnologías respetuosas del medio ambiente será importante en muchos de estos casos.

Las letras iniciales de esta categorización corresponden a MIST (la palabra inglesa para niebla) que es más bien el efecto contrario del esperado. Una localización más clara de actividades en este mapa y la aplicación de los principios del MIST son un ejercicio de necesario utopismo si el conjunto de las actividades humanas ha de convertirse simultáneamente en más generador de bienestar humano y en menos insostenible. Sin embargo, la realización de este ejercicio sólo en apariencia ha de tener una forma de medioambientalismo tecnocrático de expertos. Para que los principios sean trasladados a la práctica es necesario que las personas, comunidades y sociedades obtengan resultados cuando ellos intentan actuar según los principios. Ello seguramente requerirá una redistribución radical del poder tanto económico como político.

LA IMPORTANCIA DE LA REDISTRIBUCION

Definidos como hasta el momento, ambos conceptos críticos (desarrollo humano y sostenible) comportan una mejora en el acceso relativo a los recursos de los grupos marginados: los pobres en el caso del desarrollo humano; las generaciones futuras (y quizás otras especies) en el caso del desarrollo sostenible. El desarrollo humano sin atender a la sustentabilidad mejora la distribución en el presente a costa de perjudicar la distribución entre el presente y el futuro (los aún no nacidos subsidian a los pobres). Al mismo tiempo, la sustentabilidad sin desarrollo humano significa mantener los niveles materiales de los privilegiados y reducir los niveles de los pobres perjudicando así la distribución actual (los pobres subsidian a los aún no nacidos y a los ricos). Hay una forma de escapar a esta ingrata contradicción: la redistribución en el presente. Si se mitiga el impacto ambiental negativo de la actividad humana, del cual los ricos de hoy son principalmente responsables, entonces cualquier mejora en la situación de los pobres representa una mayor sustentabilidad. Para señalar el mismo punto de otra forma: si se reducen los impactos negativos ambientales entonces será más difícil conseguir el desarrollo humano a menos que los ricos de hoy (naciones, clases e individuos) acepten una disminución más que proporcional en su utilización de recursos y generación de residuos.

El conflicto entre los pobres de hoy y los aún no nacidos existe en la medida en que no se contempla una auténtica reducción en el impacto ambiental negativo de los ricos. Así, el desarrollo humano amenaza con ser insostenible a menos que exista redistribución; y el desarrollo sostenible tiene el peligro de ser «anti-humano» a menos que se vea acompañado de redistribución.

Visto de esta forma, los dos conceptos de desarrollo y las dos formas de redistribución que implican se refuerzan mutuamente. La justicia presente y la futura han de perseguirse simultáneamente. Implican diferentes (pero no necesariamente contradictorios) cambios. Pero tienen una importante implicación común: perseguir ambos conjuntamente requiere una considerable reducción en el uso de recursos y

generación de contaminantes por parte de las personas, clases y naciones que ahora son ricas y privilegiadas. Son las mismas personas en el mismo tiempo las que están usando desafortunadamente los recursos necesitados hoy por los pobres y mañana por los aún no nacidos. Si el derroche continúa, ni el desarrollo humano ni el sostenible ni ambos serán posibles o, como mínimo, serán más difíciles.

El deseo general de desarrollo, que tanta desilusión ha generado, debería ser reemplazado no por uno únicamente de desarrollo humano o únicamente de desarrollo sostenible sino por el de desarrollo humano sostenible en el cual se efectúan ambos tipos de redistribuciones. La redistribución a gran escala en el uso de los recursos en el mundo parece ser una condición necesaria para el desarrollo humano sostenible.

El momento histórico en el cual un número creciente de personas está llegando a tales conclusiones ha coincidido, irónicamente, con un período de triunfo de la ideología 'del libre mercado que tiende a producir efectos contrarios. La reciente influencia de las ideologías del libre mercado se asocia perversamente a la creciente preocupación por el medio ambiente y el bienestar. La facción «todo el poder al libre mercado» de los viejos debates sobre el camino hacia el desarrollo se ha mantenido unida arguyendo que las nuevas cuestiones no son realmente diferentes. Mientras para ellos la libre empresa capitalista maximiza el crecimiento y el ingreso, y las personas en conjunto obtienen lo que desean en un sistema de mercado, las preguntas sobre la persistencia de la miseria o la degradación del medio ambiente y la contaminación no les preocupan. Este conveniente aspecto de sus doctrinas no es ciertamente la única razón de su remarcable propagación durante los años ochenta, pero probablemente, dado el desorden y la confusión que los nuevos debates provocaron entre sus anteriores oponentes, contribuyó a ello²⁷.

Relacionado con la contrarrevolución neoliberal existe una creciente desilusión con respecto a los mecanismos de redistribución en el mundo. La suma de ayuda internacional, excepto la procedente de unos pocos países, está en declive y cada vez más se destina a objetivos que benefician a la economía del país donante. Respecto a las medidas del estado del bienestar que se establecieron en algunos países cuando eran más pobres, y que realmente redistribuían el ingreso, ahora se dice que, por alguna asombrosa lógica, están amenazadas porque ahora que aquellos países son más ricos ya no pueden mantenerlas. Ha habido pocos signos de importante redistribución entre países. Durante las dos décadas que van de 1970 a 1989, el nivel de desigualdad mundial global permaneció, según los coeficientes de Gini, el mismo o se agravó dependiendo del método de conversión utilizado²⁸. Según cualquiera de los métodos, el Sudeste asiático aumentó su participación en la producción mundial más rápidamente de lo que lo hizo su participación en la población mundial; en cambio, la participación de África en la población creció mientras su participación en el producto mundial decreció como también disminuyó su nivel absoluto de renta per cápita. Existe, además, evidencia de una gran redistribución hacia los ricos en algunos países desarrollados (en Gran Bretaña, se ha doblado la relación entre la renta personal después de impuestos del 20% de población más rica y la del 20% más pobre (Sandford, 1993 citando al Ministerio de Hacienda) y también en algunos subdesarrollados, especialmente en América Latina (Banco Mundial, 1993). Atendiendo a los datos actuales debemos concluir, por tanto, que, en ausencia de un cambio político importante, los tiempos no son muy favorables para la importante redistribución necesaria como un requisito del desarrollo humano sostenible.

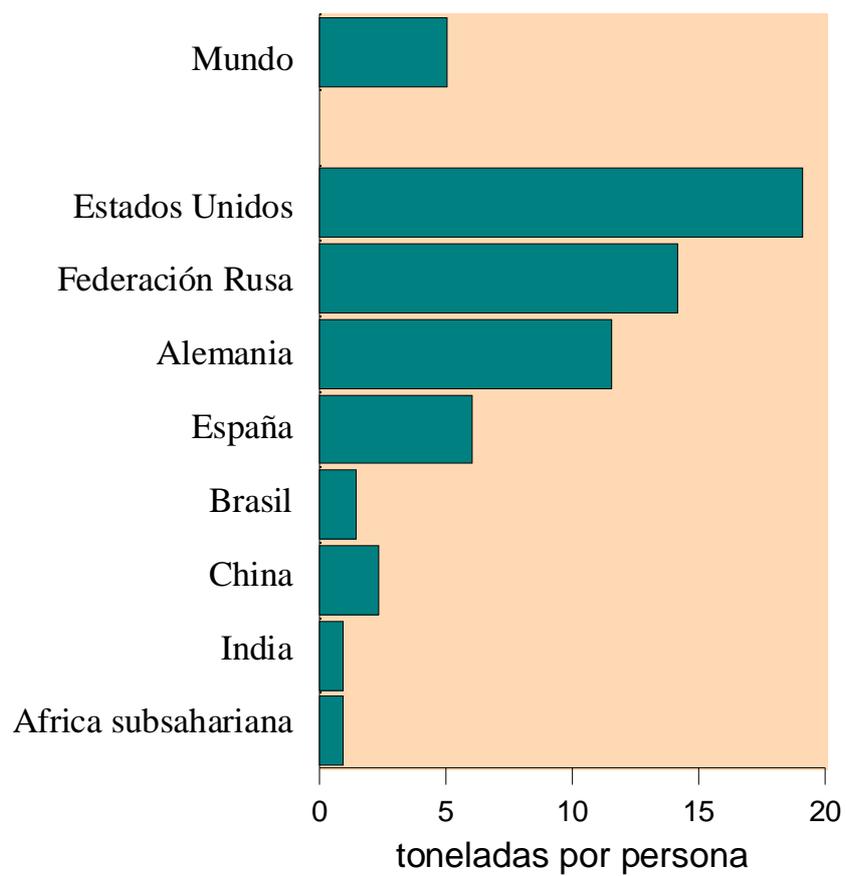


Figura 2. Generación anual de CO2 originada por fuentes industriales, 1990.

Fuente: World Resources Institute, World Resources 1992-93, cuadro 24.1

Es, desde luego, muy difícil cuantificar las cantidades en que se han de disminuir la contaminación y la extracción de recursos y, en consecuencia, estimar el grado de redistribución que se necesita. Pero en algunas áreas avanza rápidamente la investigación que nos posibilita cálculos más fiables. La enorme base de datos sobre emisiones de carbono producidas por el Carbon Dioxide Information Analysis Center de los Estados Unidos ha sido ampliamente utilizada para situar las dimensiones del problema. La figura 2 presenta datos relativamente bien conocidos sobre emisiones de CO₂ cápita para varios países desarrollados y subdesarrollados. Algunos climatólogos han defendido que para estabilizar las concentraciones de CO₂ en la atmósfera será necesario reducir el nivel promedio de emisiones per cápita aproximadamente al nivel actual de las de la India, que aparece en el gráfico. Si se considera necesario un objetivo como éste, entonces la transformación de los estilos de vida de los países ricos (y de la vía mediante la cual los países pobres intentan cambiar los suyos) será profunda, para muchas personas quizás impensable.

Los datos de este tipo han tenido el efecto de presentar de forma muy dramática la magnitud de la tarea y también la división relativa de las responsabilidades actuales en el problema. Si es un deber moral de los contaminadores cambiar su comportamiento, entonces datos como éstos pueden jugar un importante papel político para debilitar el poder de negociación de los grandes contaminadores. La batalla sobre la redistribución internacional será en parte una batalla sobre indicadores y sobre su interpretación (Agarwal y Narain, 1991 y World Resources Institute, 1992).

RESCATANDO AL BEBE

Si la desigualdad y cómo acabar con ella son cuestiones centrales para conseguir el desarrollo humano sostenible, debemos ir más allá en la definición de conceptos y intentar darles un significado concreto. Debemos mirar hacia las causas de la persistencia de desigualdades. Ello seguramente significa que debemos volver a los debates sobre el desarrollo que han estado parcialmente desplazados por las nuevas preocupaciones. Los que rechazaban la idea del «beneficio mutuo» analizaron los obstáculos de la carretera hacia el desarrollo. Aunque los debates sobre el punto de destino han puesto en cuestión su concepto de desarrollo, los mismos o similares obstáculos se plantean también en el camino hacia el desarrollo humano sostenible; muchos de sus argumentos son aún válidos en relación a objetivos redefinidos. Una parte esencial de la mayoría de los análisis sobre el mundo de dichos autores era que varios mecanismos de la economía mundial producían una sistemática transferencia de valor desde los países pobres hacia los países ricos (a través del intercambio desigual y la falsa facturación de exportaciones e importaciones por parte de las compañías multinacionales, la repatriación de beneficios, el servicio de la deuda,...). En la medida en que dicha transferencia de valor exista (y cada apartado ha provocado controversia), constituye una redistribución perversa del ingreso que sólo puede empeorar las condiciones para conseguir el desarrollo humano sostenible. Independientemente de las valoraciones de cada uno sobre el argumento en su conjunto, no hay duda de que algunas partidas de transferencia de recursos desde los pobres hacia los ricos ha crecido en los años recientes. Los dos apartados más notables en este sentido son el enorme servicio de la deuda desde principios de los ochenta (Sutcliffe, 1993a) y el agudo movimiento adverso en los términos de intercambio de los productos primarios desde la mitad de los años setenta (Maizels, 1992).

Estos acontecimientos sólo pueden haber tenido impactos ambientales negativos en los países más pobres. No sólo drenan recursos que en principio pueden ser usados con propósitos constructivos, incluyendo mejoras medioambientales, sino que también tienden a producir una carrera para adquirir divisas extranjeras sea para pagar el servicio de la deuda o para compensar por la disminución de los ingresos por exportaciones. Esta carrera puede llevar al desarrollo de nuevas actividades ambientalmente dañinas tales como la producción de algunos cultivos agrícolas destinados al comercio de exportación o la tala excesiva de bosques tropicales para exportaciones de madera (Cruz y Repetto, 1992). También conduce a un desesperado deseo de reducir costes y volverse más competitivos lo que entre otras cosas podría estimular un régimen de protección ambiental laxo²⁹. Y han llevado probablemente a una sobreexplotación de algunos recursos no renovables que ha conducido a una excesiva disminución de reservas y a precios bajos en el corto plazo que podrían disfrazar situaciones de escasez (Bunker y O'Hearn, 1992). Esto es un argumento contra aquellos economistas que opinan que las señales de los precios controlarán cualquier tendencia hacia el excesivo agotamiento de recursos no renovables. Algunos autores han señalado el intercambio desigual a través del cual, se arguye, los países ricos desarrollados han recibido a largo plazo importaciones procedentes de los países pobres a precios inferiores a sus valores. Pero este argumento casi nunca ha tenido en cuenta las consideraciones ahora comunmente planteadas por los economistas ecológicos de que la extracción de recursos no renovables ha tenido lugar siempre a un coste por debajo de su coste real dado que el stock de recursos materiales naturales no está valorado. En este sentido el argumento ecológico fortalece ampliamente el argumento de la existencia de intercambio desigual desde el momento en que los países pobres han agotado durante siglos sus recursos no renovables en gran parte para exportados a los países desarrollados y haciéndolo han literalmente malvendido una parte de su patrimonio (Martínez Alier, 1987). Los argumentos ecológicos fortalecen, por tanto, algunos de los argumentos del análisis del mundo de los que rechazaban la idea del beneficio mutuo (o, si se quiere, de la teoría de la dependencia); así, al menos importantes partes de este análisis siguen siendo un fundamento necesario para entender los obstáculos al desarrollo humano sostenible. Si el desarrollo necesita redefinirse, entonces también se ha de redefinir el subdesarrollo. Actualmente estamos asistiendo a una rápida acumulación de escritos que efectivamente demuestran cómo los deterioros medioambiental y del bienestar han sido y son en muchos casos las consecuencias de desigualdades en la distribución internacional de la riqueza y del poder. El desarrollo del subdesarrollo ha sido también el desarrollo de la insustentabilidad³⁰. En consecuencia, no debería permitirse que el nuevo debate desplazase completamente al viejo debate. En el ajetreo de reexaminar la teoría de la dependencia y criticar algunas de sus indudables limitaciones, cuando se arroje el desarrollo realmente existente (el agua del baño) no hay que deshacerse a la vez del rechazo a la idea del beneficio mutuo (el bebé).

¿EN QUE PARTE DEL MUNDO HAY DESARROLLO?

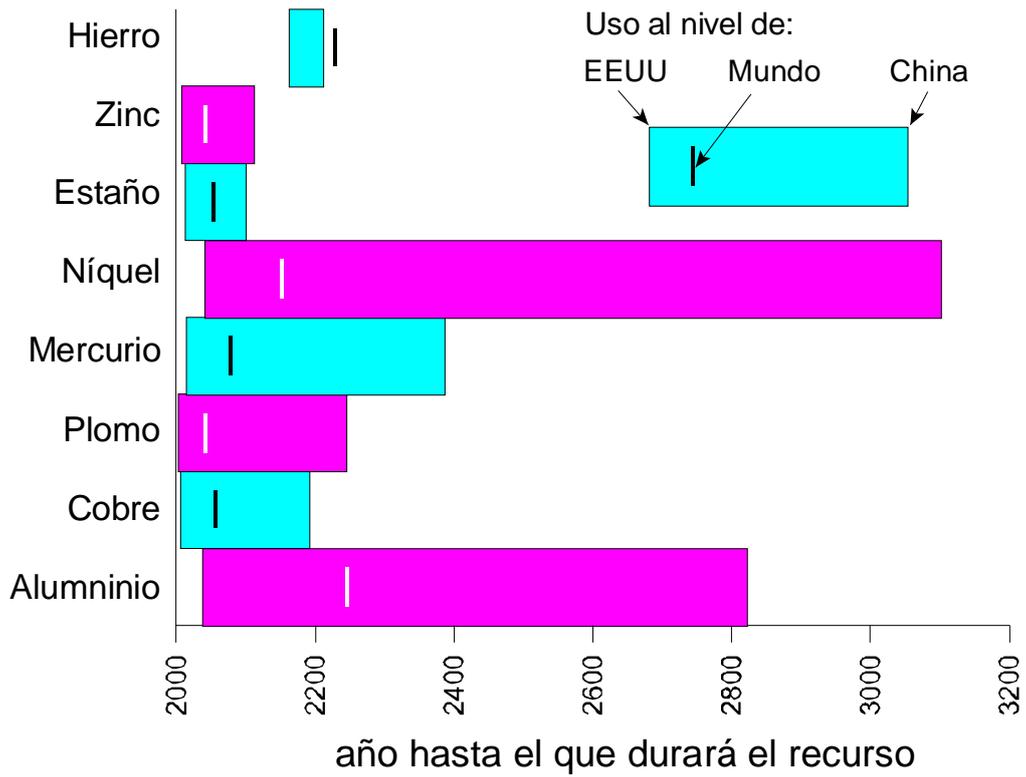
He argumentado que los acuerdos tácitos con los cuales se enfocaba la cuestión del desarrollo han sido quebrantados por la persistencia de extrema pobreza masiva en un

mundo siempre más desarrollado y por la creciente evidencia de la destructividad ambiental que provoca el desarrollo realmente existente. Como respuesta a estas dos contradicciones del proceso, se está construyendo un concepto diferente, el del desarrollo humano sostenible, que sugiere direcciones de cambio radicalmente diferentes a las sugeridas por los conceptos más tradicionales de desarrollo. Ahora se hace difícil utilizar el viejo mapa del desarrollo a la hora de escoger la dirección hacia la cual orientarse. Una parte de la crítica medio ambiental al desarrollo realmente existente implica que es difícil saber con precisión donde estamos en el mapa, concretamente lo cerca que estamos de una catástrofe ecológica. Si el punto de partida es en parte indefinible, el punto de destino es también en muchos sentidos misterioso. Pero podemos afirmar que un concepto más racional de desarrollo dirigido hacia la igualación del bienestar y hacia la sustentabilidad será radicalmente diferente respecto a cualquiera de los cinco supuestos de tácito acuerdo mencionados antes.

Primero, la naturaleza actual de los países desarrollados no es un destino adecuado. Su nivel de uso de recursos y el volumen de contaminación que producen son los principales causantes de la crisis ambiental global. A pesar de su ingente uso de recursos, son incapaces de satisfacer las necesidades humanas de una gran parte de sus poblaciones. La globalización de las características de los países desarrollados seguramente convertiría al planeta en inhabitable.

En términos del nivel de uso de recursos per cápita, un punto de destino apropiado para el conjunto mundial debería estar mucho más cerca de la situación existente en los países subdesarrollados que de la de los desarrollados. Como una forma de ilustrar este punto, la figura 3 compara la durabilidad de varios recursos naturales asumiendo que el consumo mundial per cápita es igual a la tasa actual per cápita de Estados Unidos, mundial y de la China. Los datos exactos no se deben tomar muy en serio dado que se basan en las estimaciones actuales de reservas, las cuales podrían cambiar por muchas razones. Pero lo que sí debe tomarse muy en serio es la fuerte diferencia, mostrada implícitamente, entre los niveles actuales de consumo en los Estados Unidos y en la China (países escogidos como representantes del mundo desarrollado y del subdesarrollado y porque tienen una cobertura estadística comparable).

Los actuales niveles de consumo del mundo subdesarrollado serían, si se generalizasen, mucho más sostenibles que los de los países desarrollados. Existen también otros aspectos en los cuales los países subdesarrollados frecuentemente, aunque de ningún modo siempre, ofrecen un mejor modelo que los desarrollados: por ejemplo, la persistencia en algunos lugares de formas de producción agrícola más sostenibles³¹ y dietas vegetarianas más saludables y que son menos costosas en recursos; hay algunos ejemplos de mejor mantenimiento de derechos comunes; y otros en los que los mecanismos de solidaridad social y redistribución se mantienen más intactos.



Fuente: Calculado a partir de World Resources Institute. *World Resources 1992-93*. cuadros 10.2, 21.5.

Figura 3: Vida hipotética de las reservas conocidas de materias primas, 1990.

El desarrollo realmente existente ha estado tan alejado del desarrollo humano sostenible que tal punto de destino es probable que sea, como mínimo, tan distante de la presente situación de los países desarrollados como de la de los países subdesarrollados.

Segundo, el concepto tradicional de desarrollo tendía a asumir que el bienestar sería un subproducto. Esto se ha vuelto cada día menos convincente. Mejorar el bienestar humano sobre una base permanente y segura parece exigir que ello sea claramente definido y convertido en un objetivo primario del desarrollo, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados. El cambio económico y productivo se convierte entonces en un subproducto de la persecución de un mayor bienestar.

Tercero, las nuevas críticas al desarrollo socavan de varias formas la idea de que la unidad apropiada de desarrollo es un país o nación. En la medida en que el desarrollo es la satisfacción de las necesidades sociales, tiene muchas unidades apropiadas: el individuo, la familia, el pueblo, la ciudad o el grupo social identificado por factores tales como origen étnico, clase, sexo, sexualidad o edad. Aunque es apropiado que los gobiernos de los estados asuman importantes tareas en la promoción del desarrollo humano, ni el poder del estado ni la situación material promedio dentro de un país son indicadores apropiados de desarrollo. La sustentabilidad impone obligaciones a los gobiernos pero también apunta la necesidad de otros niveles de análisis. La noción de sustentabilidad puede aplicarse localmente, globalmente y a cualquier nivel entre estos dos extremos (Jacobs, 1991, pp.96–98). Las decisiones más esenciales para aproximarse a la sustentabilidad quizás han de tomarse globalmente; algunas acciones de una nación particular podrían ser inútiles si no forman parte de acuerdos internacionales obligatorios. Y lo mismo se aplica a las decisiones locales en relación a las nacionales (Sen, 1995 y Cavendish, 1995). Para que la sustentabilidad tenga sentido se requieren acción y cambio a todos estos niveles conjuntamente.

Cuarto, el viejo debate sobre el desarrollo asumía que de una forma u otra era posible el desarrollo universal según el modelo antiguo. Ahora parece claro que ello no es posible. La implicación es que los países desarrollados, en la medida en que mantienen su estilo de vida no globalizado, obstaculizan de formas abiertas o ocultas el desarrollo en otros lugares.

El quinto supuesto compartido del debate debe, por tanto, ser abandonado junto con el cuarto según el cual la tendencia a la igualdad en los niveles de desarrollo podía darse sin una importante reducción en los recursos usados por los ricos y desarrollados. Si la sustentabilidad requiere claramente que tal redistribución debe tener lugar, el abandono del segundo supuesto compartido sugiere que reducir el uso de recursos y la contaminación no es necesariamente reducir el nivel de bienestar aunque podría implicar una menor producción material y un menor PIB (ver Ekins y Jacobs, 1995 y Glyn, 1995).

Incluso en ausencia de tal redistribución, aún tiene sentido para las personas de los países subdesarrollados intentar construir formas de desarrollo humano sostenible. Pueden, como mínimo, avanzar en relación al bienestar y la sustentabilidad locales. Pero difícilmente puede esperarse que soporten sacrificios materiales para contribuir a la sustentabilidad global cuando ésta está continuamente amenazada por los estilos de vida de parte de la población de los países ricos desarrollados.

...¿Y QUIEN LO QUIERE? EL PROBLEMA DEL CONDUCTOR

Los grados extremos de desigualdad material que hoy existen en el mundo son tanto una fuerza como una debilidad para la búsqueda del desarrollo humano sostenible. Es una fuerza porque significa que hay espacio para una considerable redistribución de recursos lo cual significa que se podría producir de forma simultánea lo siguiente: una muy pequeña minoría pierde parte de lo que tiene, la mayoría de los pobres tiene más de lo que necesita y la suma total de recursos utilizada se reduce permitiendo así un mayor uso a las generaciones futuras. Es una debilidad porque la misma minoría que monopoliza la mayor parte de la riqueza económica monopoliza también la mayor parte del poder político y militar usa dicho poder para mantener su riqueza relativa. No parece haber ningún signo de que esta minoría renunciará voluntariamente a sus privilegios, como tampoco lo ha hecho ninguna otra en la historia. Parece, por tanto, inimaginable que el mundo pueda ir muy lejos en el camino hacia el desarrollo humano sostenible sin destruir el poder a esta minoría y desposeerla de su riqueza. El desarrollo humano sostenible es, en consecuencia, una tarea que exige una acción de masas política radical. Si pensamos en vehículos, caminos, mapas y puntos de destino corremos el peligro de reducir el problema del desarrollo a un problema tecnocrático. Aunque es importante saber la relación entre la realidad y las posibilidades objetivas, en otras palabras tener conciencia del punto de destino, quedan las cuestiones del vehículo y el camino (los apropiados sistemas y políticas socioeconómicos) y quizás sobre todo la cuestión del conductor (cómo un proceso de desarrollo es gestionado y dirigido políticamente). Estas cuestiones están muy interrelacionadas. La idea del desarrollo humano requiere lógicamente participación popular, democracia, equidad y justicia como parte del punto de destino y también como condición para el viaje. En otras palabras, el desarrollo no es sólo el punto de destino; es también el proceso para alcanzarlo.

Si esto es claro para el aspecto humano del desarrollo humano sostenible también podría ser verdad en otro sentido para el aspecto de sustentabilidad. Una de las causas de la insustentabilidad es la exclusión de la mayoría en tomar parte plena e informada en las decisiones sobre actividades económicas. El conocimiento del medio ambiente de las personas que viven y producen en condiciones muy «subdesarrolladas» y su capacidad para vivir en una compleja simbiosis con el medio ambiente es muchas veces muy destacable y contrasta con la ignorancia y la hostilidad hacia el entorno que frecuentemente genera el desarrollo.

La base política del concepto desarrollo humano sostenible, que he intentado definir en este artículo, debe ser quizás una insólita alianza entre todos los excluidos de los beneficios del desarrollo realmente existente: las generaciones aún no nacidas y los pobres y desposeídos de la actualidad. Pero insólita no necesariamente significa ilógica. La única esperanza para una radical redistribución hacia el futuro es una radical redistribución arrancada a los ricos del presente. Si una mayor igualdad en el presente es una de las preocupaciones tradicionales de la política «roja», una igualdad mayor entre las generaciones es una característica esencial de la nueva política «verde». Pero no todos los rojos son aún verdes; ni parece que todos los verdes den señales de convertirse en rojos. El futuro del desarrollo humano sostenible depende de una mezcla de colores más completa.

REFERENCIAS

AGARWAL, Anil and Sunita Narain (1991) *Global Warming in an Unequal World: a case study of environmental colonialism*, Delhi: Centre for Science and Environment.

AMIN, Samir, (1988) *La desconexión*, Madrid: Iepala.

ANAND, Sudhir and Amartya Sen (1993) 'Human development index: methodology and measurement'. Background paper for UNDP, New York: UNDP.

BAHRO, Rudolf (1978) *La alternativa. Crítica del socialismo realmente existente*, Barcelona: Materiales 1979.

BANCO MUNDIAL (1993) *Poverty and Income Distribution in Latin America: the story of the 1980s*, Washington DC: World Bank Human Resources Division.

– (1991) *Informe sobre el desarrollo mundial*, Oxford y Nueva York: Oxford University Press.

– (1992) *Informe sobre el desarrollo mundial: desarrollo y medio ambiente*, Oxford y Nueva York: Oxford University Press.

BARAN, Paul (1962) *La economía política del crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

BUNKER, Stephen G. and Denis O'Hearn (1992) Raw materials access strategies – US and Japan, draft, University of Wisconsin.

CARDOSO, Fernando Henrique and Enzo Faletto (1971) *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México: Siglo XXI.

CAVENDISH, W. (1995), 'Economics and ecosystems: the case of Zimbabwean peasant households' en V Bhaskar y Andrew Glyn (eds), *The North, the South and the Environment Ecological Constraints and the Global Economy*, United Nations University Press/Earthscan Pub, Londres, 1995.

CHENERY, Hollis and T.N.Srinivasan (1988–89) *Handbook of development economics*, Amsterdam: North Holland.

COMISION MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO (1987) *Nuestro futuro común*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

CRUZ, Wilfredo and Robert Repetto (1992) *Structural adjustment and sustainable development in the Philippines*, New York: World Resources Institute.

DALY, Herman E. (1988) 'On sustainable development and national accounts', en D.Collard, D.Pearce and D.Ulph (eds), *Economics, Growth and Sustainable Environments: essays in memory of Richard Lecomber*, London: Macmillan, pp. 41-56.

– (1989) 'Toward a measure of sustainable social net product index', en Y.J. Ahmad and others, *Environmental Accounting for Sustainable Development*, Washington DC: The World Bank.

- (1991) *Steady-state economics*, (2nd edition), Washington DC: Island Press.
- DALY, Herman E. and J.B.Cobb jr. (1990) *Por el bien común*, México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ELSON, Diane (ed.) (1991) *Male bias in the development process*, Manchester: Manchester University Press.
- EMMANUEL, Arghiri (1972) *El intercambio desigual*, Madrid, Siglo XXI, 1973.
- EKINS, P. y M. Jacobs (1995), 'Environmental sustainability and the growth of GDP: conditions for compatibility' en V Bhaskar y Andrew Glyn (ed), *The North, the South and the Environment*. Ecological Constraints and the Global Economy, United Nations University Press/Earthscan Pub, Londres, 1995.
- EVANS, Peter (1979) *Dependent Development*, Princeton: Princeton University Press.
- FISHLOW, Albert (1991) Review of Handbook of development economics (edited by Hollis Chenery and T.N.Srinivasan), *Journal of Economic Literature*, Vol XXIX (December), pp. 1728–1737.
- FRANK, Andre Gunder (1966) *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología*. El desarrollo del subdesarrollo, Anagrama, Barcelona, 1971.
- FRANK, Andre Gunder (1992) 'Latin American development theories revisited: a participant review', *Latin American Perspectives*, Issue 73, vol 19 No.2, Spring.
- GEORGESCU-ROEGEN, Nicolas (1971) *The entropy law and the economic process*, Cambridge MA: Harvard University Press.
- GLYN, Andrew (1995), 'Northern growth and environment constraints' en V Bhaskar y Andrew Glyn (ed), *The North, the South and the Environment*. Ecological Constraints and the Global Economy, United Nations University Press/Earthscan Pub, Londres, 1995.
- HARDIN, Garret (1993) *Living withing limits: ecology, economics and population taboos*, New York and Oxford: Oxford University Press.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1980) 'Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo', *El Trimestre Económico*, no 188, octubre–diciembre, México.
- HOBART, Mark (ed.) (1993) *An anthropological critique of development: the growth of ignorance*, London and New York: Routledge
- JACOBS, Michael (1991) *The Green Economy*, London: Pluto Press.
- LEYS, Colin (1986) 'Conflict and convergence in development theory', en Wolfgang J. Mommsen and Jürgen Osterharmel (eds), *Imperialism and after: continuities and discontinuities*, London: Allen and Unwin.

LIPTON, Michael (1977) *Why poor people stay poor: a study of urban bias in world development*, London: Temple Smith.

LOVE, Joseph (1980) 'Raúl Prebisch and the origins of the doctrine of unequal exchange', *Latin American Research Review*, 15, November.

MAIZELS, Alfred (1992) *Commodities in Crisis*, Oxford University Press.

MARGLIN, Frédérique Apffel and Stephen A. Marglin (1990) *Dominating Knowledge: development, culture and resistance*, WIDER Studies in Development Economics, Oxford: Clarendon Press.

MARTINEZ ALIER, Juan (1987a) 'Economía y ecología: cuestiones fundamentales', *Pensamiento Iberoamericano*, 12, Jul-Dic, pp.41-60.

– (1987b) *Ecological Economics: energy, environment and society*, Oxford: Basil Blackwell (Versión castellana: Martínez Alier, J. Y K. Schlüpmann, *La ecología y la economía*, México: Fondo de Cultura Económica, 1991).

– (1992) 'Ecología y pobreza; una crítica al informe Brundtland', en Ignacio Senillosa (ed.), *Pobreza, desarrollo y medio ambiente*, Barcelona: Deriva Editorial, pp.35-60.

MEADOWS, D.H. y otros (1972), *Los límites al crecimiento*, México: Fondo de Cultura Económica.

MIKESELL, Raymond (1992) *Economic development and the environment: a comparison of sustainable development with conventional development economics*, Londón and New York: Mansell.

MISHAN, E.J., (1969) *Los costes del desarrollo económico*, Barcelona: Oikos-tau, 1983.

NACIONES UNIDAS (1993) *Trends in International Distribution of Gross World Product* (Department for Economic and Social Informations and Policy Analysis, Statistical Division), New York: United Nations, National Accounts Statistics, Series X, No. 18, Special Issue. .

PEARCE, David, Edward Barbier and Anil Markandya (1990) *Sustainable development: economics and the environment in the Third World*, London: Edward Elgar.

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (1990-93) *Informe sobre el Desarrollo Humano*, Bogota: Tercer Mundo Editores/Madrid: CICEAL, anual.

RANIS, Gustav and T. Paul Schultz (1989) *The state of development economics*, Oxford: Blackwell.

RAWLS, John (1972) *A theory of justice*, Oxford: Oxford University Press.

ROSTOW, Walt W. (1960) *Las etapas del crecimiento económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1970.

SANDFORD, Cedric (1993) 'Hw Lamont can square the circle', *Financial Times*, 11.3.1993.

SCHUMACHER, Fritz (1979) *Lo pequeño es hermoso*, Madrid: Blume, 1987.

SCITOVSKY, Tibor (1992) *Frustraciones de la riqueza: la satisfacción humana y la insatisfacción del consumidor*, México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

SEERS, Dudley (1977) 'The new meaning of development', *International Development Review* (ahora *Development*), No.3, pp.2-7.

– (1979) 'The birth, life and death of development economics', *Development and Change*, Vol 10, pp. 707-719.

SEN, Amartya (1990) 'Development as capability expansion', en Keith Griffin and John Knight (eds) *Human Development and the International Development Strategy for the 1990s*, Basingstoke: Macmillan, pp.41-58.

SEN, Gita (1995), 'National development and local environmental action – the case of the Ríver Narmanda' en V Bhaskar y Andrew Glyn (ed), *The North, the South and the Environment: Ecological Constraints and the Global Economy*, United Nations University Press/Earthscan, Londres, 1995.

SKLAIR, Leslie (1988) 'Transcending the impasse: metatheory, theory and empirical research in the sociology of development and underdevelopment', *World Development*, Vol 16, No. 6, pp.697-709.

SLATER, David (1987) 'On development theory and the Warren thesis: arguments against the predominance of economism', *Environment and Planning D: Society and Space*, volume 5, pp. 263-282.

STERN, Nicholas (1989) 'The economics of development', *Economic Journal*, September.

STEWART, Frances (1978) *Technology and development*, London: Macmillan.

– (1985) *Planning to Meet Basic Needs*, London: Macmillan

– y STREETEN, Paul (1979) 'A basic needs approach to economic development', en K.P. Jameson and C.K. Wilbur (eds), *Directions in Economic Development*, Notre Dame: University of Notre Dame Press.

STREETEN, Paul y otros (1981) *Lo primero es lo primero*, Madrid: Tecnos, 1986.

SUMMERS, Robert and Alan Heston (1993) *The Penn World Table*, version 5.5, Cambridge MA: National Bureau of Economic Research.

SUTCLIFFE, Bob (1992) 'La carga de la deuda externa', *Cuadernos de trabajo*, Bilbao: Hegoa.

– (1993) ‘Desarrollo humano: una crítica del concepto y del índice’, *Cuadernos de trabajo*, Bilbao: Hegoa

THOMPSON, E.P. (1969) *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona: Laia, 1972.

TOMSHOE, Robert (1992) ‘Dirty work: environmental posse fights a lonely war along the Rio Grande’, *Wall Street Journal*, 10.11.1992.

TRAINER, Ted (1985) *Abandon affluence*, London: Zed.

– (1989) *Developed to death: rethinking Third World development*, London: Green Print.

TUCKER, Vince (1992) ‘The myth of development’, *Occasional Paper Series No.6*, Department of Sociology, University College, Cork.

WALLERSTEIN, Immanuel (1979) *The Capitalist World Economy*, Cambridge: Cambridge University Press.

WARREN, Bill (1980) *Imperialism, pioneer of capitalism*, London: Verso.

WORLD RESOURCES INSTITUTE (1992), *World Resources 1992-93*, New York and Oxford: Oxford University Press.

YOU, Jong-II (1995), ‘The Korean model of development and its environmental implications’ en V Bhaskar y Andrew Glyn (ed), *The North, the South and the Environment. Ecological Constraints and the Global Economy*, United Nations University Press/Earthscan, Londres, 1995.

NOTAS AL TEXTO

¹ Artículo publicado con el título ‘Development after ecology’ en V Bhaskar y Andrew Glyn (ed), *The North, the South and the Environment. Ecological Constraints and the Global Economy*, United Nations University Press/Earthscan, Londres, 1995. Versión castellana de Jordi Roca Jusmet.

² Esta simplificación fue sugerida en una reciente reseña por Albert Fishlow (1991).

³ Es el caso de la influyente obra -ya clásica- de W. W. Rostow con sus cinco etapas de crecimiento económico (Rostow, 1960).

⁴ Este es el vocabulario usado por Albert Hirschman en su famoso e importante artículo sobre el auge y declive de la economía del desarrollo (Hirschman, 1980).

⁵ Por ejemplo, Rostow aceptó con pocos comentarios que China estaba pasando por su fase de “despegue”.

⁶ Estas dos dimensiones del debate fueron bien captadas en el análisis de Hirschman (1981).

⁷ Fue Andre Gunder Frank el primero que utilizó subdesarrollo en este sentido, no como un estado sino como un proceso histórico, en su artículo seminal sobre «el desarrollo del subdesarrollo» (Frank, 1966).

⁸ Entre las ideas más importantes sobre la desigualdad estaba la idea de una secular relación de intercambio adversa para los países subdesarrollados que plantearon Raúl Prebisch, Hans Singer y otros (Love, 1980). Quines defendieron estas ideas no necesariamente negaban el beneficio mutuo pero proporcionaron importantes argumentos y análisis para algunos de los que sí la negaban. Sin embargo, Paul Baran un pionero del rechazo a la tesis del beneficio mutuo descartó el deterioro de la relación de intercambio como un fenómeno inexistente dado que los datos sobre los cuales se basaba eran simplemente los distorsionados precios de transferencia de las corporaciones internacionales (Baran, 1962). Y posteriormente Baran y Sweezy dieron, en varias publicaciones, mucho más énfasis a la extracción de excedente en forma de beneficios de las corporaciones extranjeras que a los problemas comerciales. Arghiri Emmanuel desarrolló posteriormente una sofisticada y muy cuestionada teoría sobre el intercambio desigual usando categorías teóricas marxistas (Emmanuel, 1972).

⁹ El tema de la desconexión está presente en muchos autores pero sobre todo ha sido explícitamente desarrollado por Samir Amin (1988).

¹⁰ La terminología «sistema mundial» ha sido planteada por Immanuel Wallerstein (1979) y sus seguidores.

¹¹ Sobre sus propias importantes contribuciones al pensamiento sobre el desarrollo, Andre Gunder Frank ha escrito recientemente: ‘... si bien le di la vuelta a la ortodoxia, mantuve lo esencial de la tesis de que el crecimiento económico a través de la acumulación de capital es equivalente a desarrollo. Por tanto, las heterodoxias socialista y de la dependencia cayeron en la misma trampa que la ortodoxia sobre el desarrollo, y se excluyó cualquier definición política y práctica de desarrollo auténticamente alternativa’ (Frank, 1992, p. 136).

¹² Entre éstas pueden situarse las ideas sobre la visión del desarrollo a partir del concepto de necesidades básicas (Streeten, 1979), del sesgo urbano (Lipton, 1977), de la tecnología intermedia o apropiada (Stewart, 1978 y publicaciones diversas del Intermediate Technology Development Group) y del sesgo masculino en la economía del desarrollo (Elson, 1991).

¹³ Para una discusión de un ejemplo muy conocido sobre esto: Sen (1994).

¹⁴ Una serie de artículos de Dudley Seers fueron una parte importante de ello (Seers, 1977 y Seers, 1979).

¹⁵ Una influencia particularmente importante en este sentido fue la de E. P. Thompson (especialmente Thompson, 1969) así como el trabajo de Raphael Samuel y otros autores en la revista *History Workshop Journal*.

¹⁶ El pionero en ello fue Tibor Scitovsky en un libro recientemente reeditado (Scitovsky, 1992). E.I. Mishan (1969) fue también influyente, aunque su ambigua postura política y moral queda ilustrada por el hecho de que en su última edición (1993) cataloga los bares de homosexuales (los cuales considero un avance hacia la liberación humana) junto a las drogas y otros males sociales como parte de los costes del crecimiento.

¹⁷ Rudolf Bahro (1978) y muchos otros usaron el término «socialismo realmente existente» para referirse al sistema socioeconómico ahora desplomado de Europa del Este. Ello dejaba abierta la posibilidad de que pudiese lograrse alguna otra forma de socialismo que aún no había existido.

¹⁸ Fritz Schumacher (1973) fue una influencia crucial en este sentido. Ver también Stewart (1985).

¹⁹ Aquí un trabajo pionero fue Lipton (1977). Gran parte de los escritos feministas sobre desarrollo se concentran en las causas particulares de la pobreza de las mujeres o de la no-satisfacción de sus necesidades.

²⁰ Por ejemplo, aún no hay ninguna referencia al medio ambiente en Chenery y Srinivasan (1988-89) ni en Ranis y Schultz (1989); y sólo hay una breve mención en Stern (1989) y el primer Informe sobre el desarrollo Mundial del Banco Mundial que realmente discute el problema es el de 1992, realizado para coincidir con la Conferencia de Río.

²¹ Por ejemplo, el trabajo de Daly (1991) influenciado por las ideas de Georgescu-Roegen (1971).

²² Como, en el caso de los argumentos ecológicos, Martínez Alier ha mostrado en su magnífico trabajo de arqueología de las ideas (Martínez Alier, 1987). No existe, por lo que yo conozco, una historia equivalente de la crítica del bienestar. Sin embargo, Amartya Sen ha escrito algo sobre ello (Sen, 1990). Sigue la pista hasta Aristoteles y Kant; y en el campo de la teoría social hasta Adam Smith y el primer Marx. Una historia completa tendría que incluir el pensamiento durante dos siglos de reformadores sociales, novelistas, poetas y pintores de países que han experimentado el desarrollo.

²³ Por ejemplo, Garret Hardin (1992) defiende rígidos controles de la inmigración que llega a los Estados Unidos (igual que el grupo ambientalista The Sierra Club, pionero en los Estados Unidos) y se opone al cuidado intensivo de los niños recién nacidos con serios problemas de salud.

²⁴ Me refiero, por supuesto, al Informe Brundtland (Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo, 1987) y al Informe sobre el Desarrollo Humano (Programa de

Desarrollo de las Naciones Unidas, 1990-93). Para una crítica de estos Informes ver, respectivamente, Martínez Alier (1992) y Sutcliffe (1993b).

²⁵ Este término se refiere a la importante discusión sobre la naturaleza del desarrollo humano llevada a cabo por A. K. Sen el cual está persuasivamente ansioso por encontrar una definición que enfatice los medios, la libertad y la capacidad de conseguir una mejora cultural y material más bien que una definición que vea tales mejoras como contenidas en ciertos avances concretos (Sen, 1990).

²⁶ Esta vía de expresarlo me fue sugerida por Koldo Unceta de la Universidad del País Vasco.

²⁷ Por supuesto, incluso el núcleo más duro de los dogmáticos del libre mercado ha tenido que atender en alguna medida a los problemas de privación y ambientales. Pero sus reacciones han sido las de reforzar y sofisticar su argumento de que los objetivos tradicionales, perseguidos por medio del libre mercado, representan la mejor vía de solventar los problemas. A pesar de su creciente preocupación por dichos problemas, el *Informe sobre el Desarrollo Mundial* de 1992 del Banco Mundial (titulado Desarrollo y Medio Ambiente) adopta la posición de que la mejor forma de resolverlos es con mayores dosis del desarrollo realmente existente junto con reformas orientadas hacia el libre mercado. El filtrado notorio memorándum de Larry Summers (economista jefe) arguyendo (aunque fuese con un toque de ironía) que los países pobres estaban subcontaminados y que sólo los países más ricos escogían menos contaminación fue otro ejemplo de un argumento similar. Debería reconocerse, sin embargo, que hay una diferencia de principios entre el uso de incentivos de mercado como parte de una política de mejora medioambiental (por ejemplo, para el control de la contaminación) y la idea de que los problemas no existirían en caso de un completo *laissez faire*.

²⁸ El valor del coeficiente de Gini para la distribución mundial del PIB basado en los totales de los países cambió de la siguiente forma:

Base de conversión (número de países)	Año	1970	1980	1989
Tipo de cambio de mercado (178)		0,669	0,679	0,729
Paridad de poder de compra (117)		0,554	0,562	0,564
Tipo de cambio ajustado según el nivel de precios (178)		0,697	0,694	0,695

Fuente: Naciones Unidas (1993), p. 20, cuadro 2. Nota: El índice de Gini puede oscilar entre 0 (completa igualdad) y 1 (máxima desigualdad).

²⁹ Organizaciones populares y periodistas han considerado esto como una de las consecuencias de las factorías maquiladoras en el lado mexicano de la frontera entre México y Estados Unidos. Ver, por ejemplo, Tomshoe, 1992.

³⁰ 30 Jong-i You (1995) sugiere que incluso el ejemplo de desarrollo exitoso más citado en las últimas décadas ha comportado un elevado coste medioambiental.

³¹ 31 Para un resumen de varios estudios que llegan a esta conclusión, ver World Resources Institute (1992, p. 36)